

EL MUNDO CÓMICO.

Director literario, M. VILLANUEVA.

SEMANARIO HUMORÍSTICO.

Director artístico, J. L. PELLICER.

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS.)

PRECIOS DE SUSCRICION.—En *Madrid*: Un mes, **CUATRO REALES**.—Tres meses, **DOCE REALES**.—Número suelto, **UN REAL**.—En *Provincias*: Un mes **CINCO REALES**.—Tres meses, **TRECE REALES**.—Número suelto, **UN REAL CINCUENTA CÉNTIMOS**.—Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias, y directamente en la Administración, litografía y relieves en zinc para imprenta, plaza de San Nicolás, 7 y 9, bajo.—No se admiten sellos de comunicacione.

EN CASA , — por PELLICER.



—¡Vaya una desfachatez! ¡Asomarse á la ventana de esa manera...! Por mucho calor que haga no hay para tanto.

LOS FRANCOS, — por CUESTA.



—¿Quiere Vd. que la acompañe, prenda?
—¿Quítese Vd. *dahí*, *so morral*. No me peino yo pa peseteros!

EL MÉDICO DE LOS BAÑOS.

¿Conocen Vds. al médico de los baños? No, ¿eh? Pues es una lástima, porque es un tipo muy curioso y no les disgustaría á Vds. conocerle. El momento es oportuno, puesto que todos corren á los baños y á tomar las aguas que deben combatir las diversas enfermedades que aquejan á las cuatro quintas partes de la humanidad.

Sea el Sr. X. el médico de los baños de Z, ó sea el Sr. Z. médico de los baños de X, como Vds. quieran.

El Sr. X. está sentado en un gran sillón. Es la hora de la consulta y espera las visitas.

Empieza la procesion. Entra un caballero.

—Señor doctor, estoy aquí desde ayer, pero antes de tomar las aguas deseo consultar con Vd.

—Eso es muy prudente. ¿Qué enfermedad padece usted?

El caballero explica su enfermedad.

—Perfectamente.

—Las aguas de este manantial me sentarán bien, ¿no es eso?

—Seguramente.

—Tomaré un baño todas las mañanas.

—Sí señor.

—Mi médico me ha encargado que si experimento fatiga no tome más que un baño cada dos días.

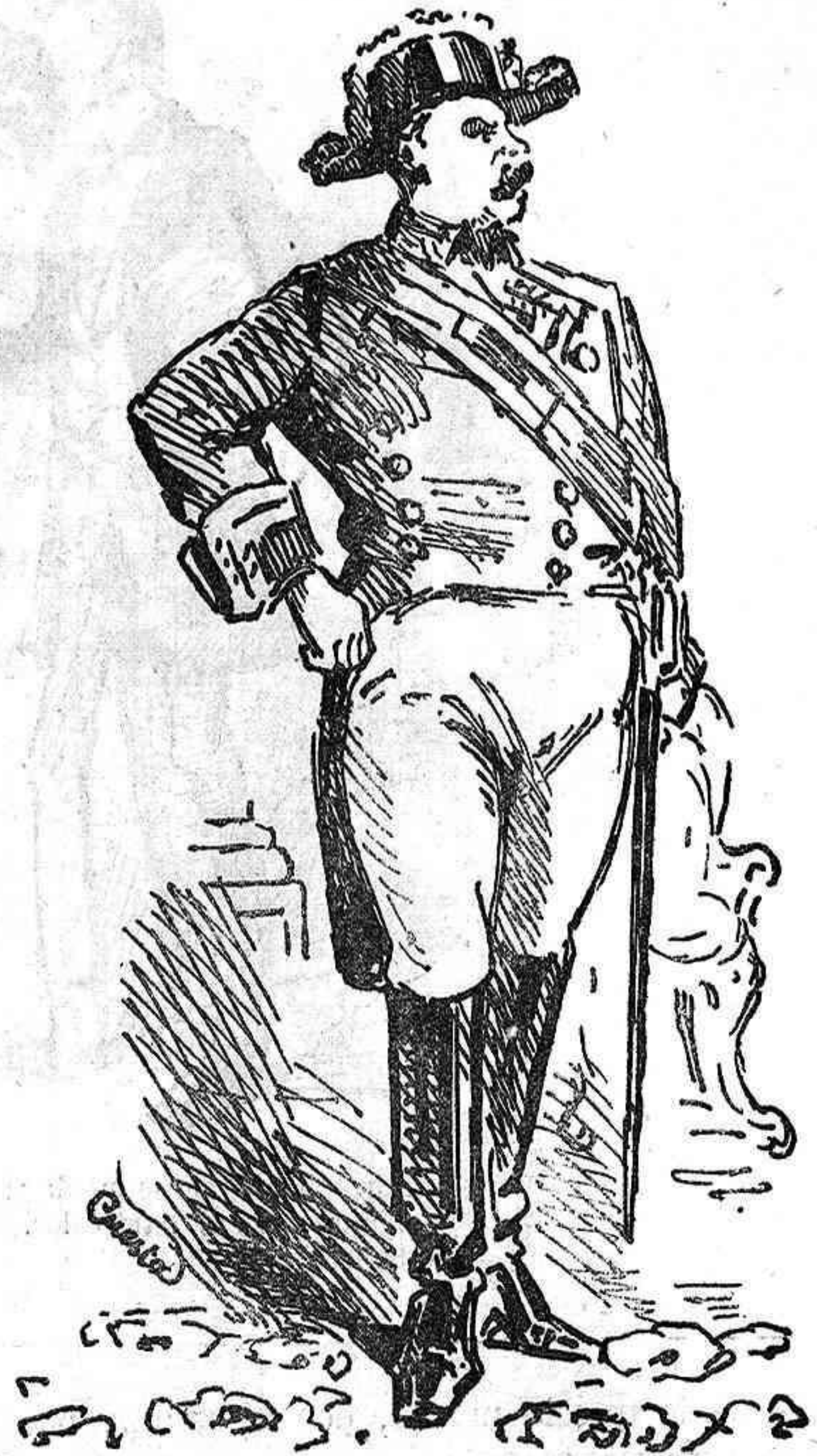
—Y tiene razon.

—Beberé tres vasos de agua por la mañana y cuatro por la tarde.

LOS SALTOS, — por CUESTA.



A los 18 años.



A los 38.

—Sí señor.
 —¿Y podré doblar la dosis si el estómago digiere el líquido?
 —No será malo.
 —Estaré aquí veintiun días.
 —Que es lo que nosotros, los médicos, llamamos en términos técnicos una temporada:
 —¿Deberé hacer ejercicio?
 —Eso nunca daña.
 —¿Y comer todo lo que tenga gana?
 —Sí señor, para tomar fuerzas.
 —Empezaré, si á Vd. le parece, el tratamiento desde mañana.
 —¿Por qué no?
 —¿Cuánto debo á Vd. por la consulta, doctor?
 —Cuatro duros.
 —Aquí los tiene Vd.
 —Venga Vd. á verme cinco ó seis veces durante la temporada, que quiero asegurarme si las aguas le sientan á Vd. bien.
 —Sí señor, ya vendré á incomodar á Vd.
 —Nada de eso.

Llega una señora.
 —Señor doctor, aquí tiene Vd. una carta de recomendación de mi médico para Vd.
 —No era necesario, porque me intereso mucho por todos los enfermos que vienen á nuestro establecimiento á recobrar su salud.
 —Sin embargo, siempre es bueno...
 —¿Es Mataycalla quien asiste á Vd.?
 —Sí señor.
 —Es un buen amigo; fuimos juntos practicantes en un mismo hospital. ¿Y cómo está ese buen mozo?
 —No tiene novedad.
 —Vamos, me alegro. ¿Se casó?
 —Sí señor, no hace dos meses.
 —Efectivamente; recuerdo me envió papeleta de participación de enlace; pero mis muchas ocupaciones me han impedido ir á darle la enhorabuena.
 —Yo estuve convidada á la boda.
 —¿Y es bonita su mujer?
 —No es fea.
 —¿Y ha llevado buen dote?
 —Quince mil duros.
 —Vamos, con eso ya pueden vivir.

EN LA CALLE, — por PELLICER.



—Hombre, esto no se puede resistir.
 —¡Figúrese Vd. si hará calor! Mi esposa se atreve á poner vestido escotado.
 —¡Pobrecita...!

—Yo le aprecio mucho, doctor; es muy buen sugeto y merece ser feliz.

El Sr. X. se levanta.

—Cuando vuelva Vd. á Madrid, si le ve Vd., déle usted muchas expresiones de mi parte.

—No dejaré de dárselas. Pues, señor doctor, yo venia á preguntar á Vd...

—Y á su mujer tambien, que aunque no tengo el gusto de conocerla, debo presentarla mis respetos.

—Pues decia á Vd., señor doctor, que venia á consultarle con motivo de...

—El manantial está allí á la derecha, desde aquí se le ve. ¿Ha tomado Vd. el baño?

—Todavía no.

—Pues vaya Vd. y tómele.

La señora pone dos duros en un ángulo de la mesa.

—Perdone Vd., señora, son cuatro duros.

—No señor, son dos; si no mírelos Vd.

—No digo á Vd. lo contrario, y justamente por eso hago la observacion. Los honorarios son cuatro duros para todo el mundo. Como cliente y amiga de Mataycalla tendria mucho gusto en hacer á Vd. alguna rebaja; pero no quiero faltar á mis costumbres, porque pudieran saberlo los demás y tener queja. Prefiero no tomar nada.

—Eso no lo consentiré; aquí tiene Vd. los otros dos duros.

—Gracias, señora. Ya comprenderá Vd. que por mi parte...

La señora se retira mirando con disgusto los ochenta del pico que deja sobre la mesa.

Preséntase otro caballero.

—Aquí tiene Vd. un sugeto terriblemente inquieto.

—Explíqueme Vd. lo que tiene.

—Estoy aquí hace ya ocho dias y sigo exactamente mi tratamiento.

—Y hace Vd. muy bien.

—Cuando se viene á las aguas para curarse es necesario tener mucho cuidado. Ayer encontré un médico conocido mio y me dijo que si permanecia aquí cuatro dias más que hacia mi suerte.

—¡Bah!

—Y Vd. debe saber muy bien, y mejor que nadie, que cuando un médico dice va Vd. á hacer su suerte, es como si dijera prepare Vd. el testamento.

—¿Cómo se llama ese imbécil?

—Es un médico muy sábio; como que lleva cien reales por visita.

—¿Su nombre?

—No me acuerdo, tengo muy mala memoria; pero sé que es médico de un establecimiento de baños á pocas leguas de aquí.

—Y estoy seguro que le quiere engatusar á que se vaya Vd. á ellos.

—Sí señor, y añadió que si seguia su consejo me curaria.

—¡Miserable! Viene á mi establecimiento á ro-

ESCENAS ÍNTIMAS, — por PELLICER.



—¡Ah, bribona...!

barme mis enfermos. Si Vd. bebe el agua de su manantial es Vd. hombre perdido.

—Justamente es lo que él me dice si permanezco aquí, lo cual me tiene solemnemente fastidiado.

—¿Se encuentra Vd. mal con el tratamiento que sigue aquí?

—No señor.

—Pues ya lo ve Vd.

—Permitame Vd. Hace algunos días que veía en mí una mejoría sensible; pero desde que he visto al otro médico no me encuentro á gusto. ¿Qué hace uno en este caso?

—Quedarse aquí.

—Pero el otro médico...

—Es un idiota, créame Vd.

El caballero (*aparte*).—Lo mismo ha dicho el otro de este; lo mejor será volverme á Madrid. (*Huye*).

Llega una familia completa.

El marido.—Señor doctor, vengo á las aguas porque mi mujer padece terriblemente. (*Explica la enfermedad*). ¿Cree Vd. la sentarán bien estas aguas?

El doctor.—Perfectamente. (*Designando á una jóven de 16 años*). ¿Esta jóven es hija de Vd.?

La mujer.—Sí, señor doctor.

El doctor.—Debe Vd. hacer que tome las aguas por el mismo motivo.

La niña.—Yo estoy buena.

El doctor.—Tiene Vd. los primeros síntomas de la misma enfermedad que su señora madre. Yo sé lo que me digo, porque he visto muchas enfermedades de esta clase. Y este niño, ¿es hijo de Vds.? (*designando á un colegial de 12 años*).

El marido.—Sí, señor doctor.

El doctor.—Pues está amagado del mismo mal.

El marido á su mujer.—Pues puedes estar orgullosa de los hijos que me has dado.

El colegial.—Señor doctor, ¿y esta enfermedad me permitirá asistir al colegio?

El doctor.—¿Y por qué no?

El marido.—Yo solo soy el fuerte.

El doctor.—Está Vd. en un error. Vd. está enfermo sin apercibirse de ello, y estos casos son los más graves, porque no se pone cuidado en ellos.

—Vd. se bromea.

—Un médico, en el ejercicio de sus funciones, no se permite bromas jamás.

—¿Pues yo qué tengo?

—La misma enfermedad que su señora.

—Si yo no soy de su familia.

—¿Y qué importa? Es una singular coincidencia, y hé ahí todo.

—¿Y qué debo hacer?

—Tomar las aguas.

—Pues me alegro haber visto á Vd. ¿Cuánto le debo?

TIPOS, — por PELLICER.



La primavera.



El otoño.

—Esto es una consulta de familia que sale más económica; en vez de diez y seis duros, á cuatro por persona, solo son doscientos reales.

—¿Luego es una ventaja que todos estemos enfermos?

—Ciertamente.

—Pues que sea enhorabuena.

A. H.

LAS DOS TÓRTOLAS.

(APÓLOGO.)

¡A CÁRMINA!

En la verde rama
de una bella encina
posada se estaba
una tortolilla.

Arrulla muy triste
con mirada fija
á un roble cercano
que ondea la brisa.

¿Por qué sus arrullos?
¿por qué está afligida,
y al árbol copudo
dirige su vista?

Entre su ramaje
el roble cobija

á infiel compañera,
ingrata y esquiva.

Amor la maltrata,
amor la aniquila,
pues amor dá muerte
como dá la vida.

Su arrullo es la queja
que en su pecho anida
y que de él le brota
por si compasiva
mostrarse quisiera
la cruel tortolilla;
mas nada consigue,
en vano suspira,
en vano padece
y se martiriza:
ingrata cual siempre,
ingrata y esquiva,
sus quejas desoye,
su deber olvida.

Saberlo no quiere,
que solo codicia
que el llanto la mueva
y haga compasiva:
¡amor no la diera
mas dírala vida,
que si amor la daba
entonces veria
la muy desgraciada
su dicha cumplida.

.....

TIPOS, — por CUESTA.



—¿Te decides?
—Mire Vd., D. Antonio, yo sin la *Chata* no voy. Páguela Vd. el viaje.

Por sus desengaños
¡pobre tortolilla!
murióse la triste...
asaz compungida

La infiel compañera,
ingrata y esquiva,
solitaria queja
al viento mecia:

—¡Maldita mil veces!
¡mil veces maldita;
pues he cometido
una felonía...!

¡Mi delito es grave,
mi falta inaudita...!
¡al que ha delinquido
se le recrimina...!

¿Por qué por mí crimen
nadie me castiga,
nadie me anonada,
nadie me aniquila...?

¿A nadie le es dado
hacerme justicia...?
*¡La propia conciencia
taladra mi vida,
y el remordimiento
la vida me quita!*
Recuerda el apólogo.

mi dulce Carmina:
ingrata no seas,
no seas esquiva;
ante el fiel amante
sé tú compasiva;
que nunca te llamen
mujer homicida,
y no te suceda,
cual la tortolilla,
*que el remordimiento
te arranque la vida.*

LUIS BERNIS.

Un cazador que durante todo el día no había cogido ni un gorrion, llegó delante de una gran charca donde nadaban muchos y magníficos patos. Viendo un lugareño á la orilla, nuestro cazador, que no quería volver de vacío á su casa, le dijo:—¿Me deja Vd. tirar una vez á los patos y le doy medio duro?—Tire Vd., contestó el otro.

Parte el tiro y cuatro desgraciados volátiles fueron heridos.—Bien tirado; buena puntería; dijo con mucha flemma el aldeano recibiendo el precio convenido.

—¿Me deja Vd. tirar otra vez por otro medio duro?—

Tire Vd.—Segundo tiro tan afortunado como el primero, y segunda moneda que recibe el complaciente rústico sonriendo con esa estupidez maliciosa de nuestros lugareños.

—Por lo que veo le importa á Vd. poco que mate cuatro piezas de cada golpe, le dijo el cazador.

—¿Y á mí qué me importa? replicó el patán, si no son mias.

En esto llegó el dueño, é inútil es decir que el cazador tuvo que pagar su habilidad más cara que en el mercado.



SONETO,

Sale el sol con su rubia cabellera
por do quier esparciendo luz brillante;
sale la alegre aurora destellante
en mañana de otoño ó primavera.

Sale tambien la dama á quien espera
junto á la reja su reudido amante,
y sale en Carnaval el estudiante
con guitarra, violin, flauta ó pandera.

Sale á paseo la gentil pollita
exhibiendo su faz enharinada,
y salen la casada y la viudita:

Tambien sale á la compra mi criada...
Lo que salir no puede es mi levita,
que está hace nueve meses empeñada.

J. TORRES G.



La profesion de cómico era infame entre los antiguos romanos y honrosa entre los griegos.

¿Y entre nosotros?

Nosotros pensamos de ellos como los romanos y los tratamos como los griegos.

CANTARES.

Me fuiste infiel, Celia hermosa,
y no te olvido un momento,
que al morir una esperanza
despierta siempre un recuerdo.

A orillas del manso arroyo
prometiste no olvidarme:
¡el arroyo y yo sabemos
lo que tus promesas valen!

¿Que amaste? Me has arrancado
con tus palabras la vida:
¡qué desgracia! buscar fuego
y encontrar solo ceniza.

Un amante en tu ventana
te dice que eres un ángel:
¡ay! suplicale á la reja
que no diga lo que sabe.

EUSEBIO SIERRA.



—Señor marqués, lo que puedo asegurar á Vd. es que no le es indiferente á mi niña, y que á ella y á mí nos merece Vd. el concepto de un cumplido caballero, que se portará como es debido; pero ante todo lo que yo deseo es que sea Vd. formal, muy formal.

—¡Oh! señora, descuide Vd.; yo soy muy formal... soy casado.



EPIGRAMA.

Tomasa, la carnicera
qué está en la plaza del Cármen,
es una chica graciosa,
rechonchita y algo amable.
Y diz que don Cosme, *pollo*
de sesenta años cabales,
cuando la carne la *toma*
suele decirla anhelante:
Me gusta venir aquí
porque tienes buenas carnes.

J. M. LOREDO.

EL MUNDO CÓMICO

A LOS LITERATOS DEL PORVENIR.

Siendo infinitas las composiciones literarias que recibe EL MUNDO CÓMICO suplicando su insercion, rogamus á los que nos favorezcan en adelante con sus interesantes trabajos que se ciñan á las condiciones de este periódico. Quedan prohibidas las elegías y endechas á las novias por pertenecer al género tonto. Las composiciones que lo merezcan se insertarán por

orden de antigüedad de su recibo, dando preferencia á las del bello sexo, de las cuales tenemos abundante cosecha, y deseosos de que muchos jóvenes se den á conocer, les franqueamos las columnas de este Semanario humorístico, donde por el pronto recogerán honra y en su dia provecho, pues les preparamos una grata sorpresa.